

CAPÍTULO XXVIII.

Que el Señor hizo brillar su poder y misericordia por intercesion de la amada santa Isabel; y de la maravillosa virtud de las oraciones de la Santa.

Fecit mihi magna qui potens est.
(Luc. I, 49).

Voluntatem timentium se faciet,
et deprecationem eorum exaudiet.
(Psalm. CXLIV, 19).

Acercábase para Isabel el momento de hallar en el seno de Dios la recompensa de las pruebas de su breve carrera: mas antes de llamarla á sí para darle la gloria, plugo al Omnipotente rodearla, ya en vida, de una corona de celestial majestad; de investirla á los ojos de los hombres, que la habian perseguido y calumniado, de un poder emanado del suyo; y que las manos de aquella mujer, tan heroica en el domar la carne y la naturaleza caída, recibieran la fuerza sobrenatural de vencer y extirpar en sus hermanos las miserias de toda especie que el pecado trae consigo.

Continuará, pues, como hasta aquí con-

solando á los desgraciados y ayudándoles á llevar el peso de sus desventuras; pero no será solamente compadeciéndolos, mostrándoles afectuosa simpatía, usando con ellos de generosidad inagotable, fatigándose y sacrificándose en su obsequio: sino que además de tomar parte en las miserias y endulzarlas, aquella divina caridad suya, vencedora de todas las cosas y único anhelo y aliento de su vida, recibirá con frecuencia de lo alto bastante extension, poder y fuerza para que una palabra suya, una oracion salida de su boca, disipe y extinga estas miserias y dolores. En adelante, cuando la veamos salir de su humilde vivienda, movida por la devocion ó la caridad, no será solamente para hacer brillar su propia piedad, sino tambien muchas veces la poderosa misericordia que el Señor se complace en delegar en manos de sus escogidos; y los nuevos beneficios que de esta suerte sembrará en su camino, conservados en la memoria del pueblo cristiano con interesantes y preciosos pormenores, serán para nosotros el último y mas esplendente testimonio de su santidad y heroicas virtudes.

No se pasaba dia sin que hiciera Isabel

dos visitas á los enfermos de su hospital, llevándoles los víveres y socorros para ellos destinados. Acaeció que una mañana se encontró á la entrada del establecimiento un jóven estropeado y contrahecho, tendido sin movimiento en el suelo; el cual era un sordo-mudo á quien una cruel enfermedad tenia tan agarrotados y desabrochados los miembros, que no le permitia andar sino arrastrándose á gatas como un animal. La madre de este infeliz, movida por la vergüenza que le inspiraba su estado, le habia traído á aquel sitio y dejádole allí con la esperanza de que la buena Duquesa tendria compasion de él. Así fue; pues en cuanto le vió, púsose á mirarle con ansiedad, y penetrada de dolor, inclinándose hácia él, le dijo: «Díme, querido niño, ¿dónde están tus padres? ¿quién te trajo acá?» Y como no diese el muchacho muestras de entender lo que le decian, volvió ella con dulcísimo acento á preguntarle, acariciándole al mismo tiempo: «Pero ¿qué es lo que te duele? ¿por qué no hablas?» El jóven entonces miró á Isabel, pero no contestó tampoco; y como Isabel ignoraba que era mudo, atribuyó el silencio á posesion diabólica, y con esta idea, aumentándosele

la compasion, volvió á decir en voz muy alta: «En nombre de Nuestro Señor te mando á tí y al que en tí está que me respondas y digas de dónde vienes.» Al punto el jóven se levantó, vivificados y sanos los miembros, y encontrándose de improviso con el uso de la palabra, dijo á la Santa: «Mi madre me trajo acá.» Y luego declaró como hasta entonces nunca habia tenido oído ni habla; sino que era de nacimiento sordo y mudo, estropeado y tullido, como se hallaba hace un instante. «Pero ved aquí, añadió moviendo y extendiendo de una á otra parte los miembros, ved aquí que Dios me acaba de dar en este mismo punto movimiento, palabra y oído; estoy diciendo palabras que nunca aprendí ni oí á nadie.» En seguida empezó, llorando, á dar gracias á Dios, y decia: «Yo no conocia á Dios; estos mis sentidos estaban muertos; yo no sabia qué cosa era ser hombre. Ahora es cuando conozco que no soy como las bestias, pues sé hablar de Dios. ¡Bendita sea esa pregunta de vuestra boca, que me alcanzó de Dios la gracia de no morir como viví hasta ahora!» Por estas palabras, en que tan felizmente se pintaban las primeras emociones de una

alma dotada de improviso, por virtud de una palabra poderosa, del sentimiento de Dios y de sí misma, vió claro Isabel que el Señor acababa de hacer un milagro por intermedio de ella; mas turbóla tanto y tan espantada la dejó este temible misterio, que, cayendo de hinojos, lloró abundantes lágrimas, acompañando en su llanto al jóven curado por intercesion suya. Despues de dar juntos gracias á Dios por aquel favor singular, dijo la Santa al jóven: «Vuel-
«ve ahora presto á casa de tus padres, y no
«digas lo que te ha sucedido, ni mucho me-
«nos hagas mención de mí con nadie sobre
«esta ocurrencia; dirás únicamente que el
«Señor te ha sanado, y ten cuidado día y
«noche de no cometer pecado mortal, pues
«en otro caso bien pudiera sucederte el re-
«caer en tu enfermedad. Acuérdate siem-
«pre de lo que hasta aquí sufriste, y ruega
«por mí á Dios como yo rogaré por tí:» y
dicho esto se huyó de aquel sitio como pa-
ra sustraerse de aquella imprevista gloria;
pero llegando allá en el momento la madre
del jóven, y viéndole de pié y hablando,
exclamó estupefacta: «¿Quién te ha dado
«el uso de la palabra?» Y él respondió:
«Una amable señora vestida de color gris

«me mandó en nombre de Jesús, que ha-
«blase, y al punto hablé y pude respon-
«derle.» Corrió entonces la mujer en direc-
cion del camino que tomara Isabel, y vién-
dola á lo léjos que huía, la conoció muy
bien y publicó el milagro por todas partes.

Así fue que á despecho de la modestia y
humildad de la Santa, se extendió rápida-
mente la fama del poder que Dios le habia
dado, y llovieron en rededor suyo las súp-
licas de los infortunados y dolientes; y
aunque su invencible compasion la obliga-
ba á acoger todas las demandas de los in-
felices que acudian á ella por remedio, no
fueron parte en lo mas mínimo tan pasmo-
sas gracias del Omnipotente, repartidas
por manos de ella, para separarla un ápice
de la profunda y fervorosa humildad, ori-
gen de su valimiento para con Dios. Un
día acudió á ella cierto enfermo, pidiéndo-
le que le curase en nombre del amado após-
tol san Juan, de quien era la Santa, como
sabemos, muy especial devota. Oró la San-
ta por aquel hombre, que al punto quedó
sano y se arrojó á sus piés para darle gra-
cias; mas ella, quitándole la accion, se ar-
rodilló á su lado y se puso á darlas á Dios
muy fervorosas de que se hubiera dignado

oir las súplicas del amado apóstol Juan; «y «sin embargo, dice el escritor de quien to- «mo este suceso, no tenían menos parte en «la curacion las suyas que las de san Juan.»

Otra vez sucedió que un estropeado de piés y manos empezó á decirle á voces: «¡Oh brillante y clarísimo sol de las mu- «jeres! mira que yo soy de Reynharts- «brunn, do yace sepultado tu esposo; por «amor de su alma te ruego que me socor- «ras y cures mis males.» Al oír nombrar á su marido, conmovida por el recuerdo del santo y dulce amor, se paró y se puso á mirar al que así la invocaba con ojos de ternura tan intensa é infinita, que bastó la virtud de esta mirada para dejar curado al punto mismo al infeliz enfermo; y ella dió en seguida infinitas gracias á Dios por este nuevo prodigio.

Poco tiempo despues de esto, yendo de camino para el monasterio de Altenberg, oyó que de léjos la llamaba un hombre y decíale: «Doce años há que estoy poseido «de un espíritu malo: déjame que toque la «orla de tu vestido y seré sano y libre.» Volvióse ella sin demora y fué á hincarse de rodillas junto al paciente en medio del camino, y abrazándose con él y bendicién-

dole en nombre de Jesús, el endemoniado quedó inmediatamente sano.

En fin, hallábase otro dia en la iglesia de su hospital hácia la hora del mediodía, que por ser la de comer tenia las gentes alejadas de aquel sitio, y á ella la dejaba con mas libertad para entregarse á la devocion y ejercicios piadosos ¹. Observó Isabel que andaba por allí un pobre ciego solo y á tientas al rededor de la iglesia; y aunque él tenia los ojos abiertos como todos, sus pupilas estaban muertas y huecas. Fuese para él la Santa, y le preguntó qué hacia solo en aquel sitio y por qué andaba así de un lado para otro de la iglesia. El ciego respondió: «Quería yo llegarme á esa «amada señora que consuela á los pobres, «á fin de pedirle alguna limosna por amor «de Dios; pero antes vine á esta iglesia á «hacer oracion, y como tengo la desgracia «de no poder contemplarla con los ojos «porque soy ciego, estaba dando la vuelta «á ella para ver cuánto tiene de ancho y «de largo. —¿Te alegrarias de ver esta iglesia? «preguntó la compasiva Isabel. —Si Dios

¹ Sabido es que aun hoy en toda Italia, Bélgica y parte de Alemania las iglesias están cerradas desde mediodía hasta las tres.

«do quisiera, repuso el ciego, holgárame
«mucho de verla ; pero al nacer me quedé
«ciego y no sé siquiera cómo es la luz del
«sol ; soy el prisionero de Dios.» Luego co-
«menzó á hablar de sus trabajos : « Bien qui-
«siera yo, dijo, trabajar como los demás,
«pues soy un hombre inútil para todos y
«para mí mismo : las breves horas son eter-
«nidades para mí. Cuando me hallo en com-
«pañía de los que tienen los ojos sanos, no
«puedo menos de sentir el aguijon de la
«envidia : si estoy solo, no hago sino llorar
«mi desventura , por cuanto no siempre
«puedo ocuparme en rezar, y aun cuando
«rezo, tambien me veo perseguido por mis
«negros pensamientos.— Para tu bien, res-
«pondió la Santa , te ha enviado Dios este
«trabajo ; si no le tuvieras , acaso comete-
«rias excesos y mas pecados que ahora.—
«¡ Oh no ! repuso el ciego ; yo me guardara
«bien de pecar ; por vivir, me aplicaria á
«los trabajos mas ásperos y duros, y no me
«asaltaran entonces las tristes imaginacio-
«nes de ahora.» Movida Isabel á compa-
sion , dijo entonces : « Vamos á rogar jun-
«tos á Dios que te restituya la vista.» Com-
prendió de repente el ciego que su inter-
locutora era la santa Duquesa Isabel ; y

postrándose con el rostro pegado al suelo
delante de ella, decia : « ¡ Noble y piadosa
«señora ! ¡ tened misericordia de mí ! » Mas
ella le mandó otra vez que orase á Dios con
mucha confianza, y puesta tambien de ro-
dillas algo apartada, se recogió en fervoro-
sa oracion. Al punto recobró la vista el
ciego, naciéndole en aquellas deformes ca-
vidades unos ojos de celeste hermosura :
atónito miró en derredor de sí, y dirigién-
dose á la Santa , dijo : « ¡ Señora , sea Dios
«bendito ! su gracia me ha favorecido ; veo
«muy bien y muy claro : vuestras palabras
«se han cumplido.» Mas la piadosa Prince-
sa , prudente cual madre solícita en medio
de su caridad , dijo al regocijado ciego :
« Mira ahora cómo sirves á Dios que te dió
«la luz, y procura no pecar ; trabaja , se
«honrado, humilde y leal en todas las
«cosas.»

La oracion de esta sierva humilde de Dios
tan eficaz contra los males del cuerpo, no
debía serlo menos en lo tocante á asegurar
la salvacion de las almas.

Gertrudis de Leinbach, esposa de un gran
señor de la comarca, vino un día á visitar
á Isabel y trajo consigo, acompañándola, á
su hijo Bertoldo, adolescente de unos doce

á catorce años, quien al parecer se ocupaba mucho en el esmero y elegancia de sus ricos y suntuosos trajes. Isabel, despues que hubo departido largo rato con la madre, se volvió hácia aquel jóven diciendo: «Querido, me parece que te vistes de una manera sobrado mundanal y suntuosa; lo cual quiere decir que tienes demasiado amor al mundo. ¿No fuera mejor emplear ese cuidado en servir á tu Criador? En ello ganaran mucho el alma y el cuerpo á la vez. Díme, querido, ¿crees que tu Señor y mio andaba vestido así cuando vino en toda humildad á dar su sangre por nosotros?» El jóven respondió: «¡Oh señora! ¡rogad á Dios por mí para que me conceda la gracia de servirle!—¿Quieres de veras que ruegue por tí? dijo la Santa. —Ciertamente que sí, repuso el jóven.—Entonces, es preciso te dispongas á recibir la gracia que deseas, y yo oraré por tí muy gustosa. Vamos juntos á la iglesia, y oremos allí los dos ¹.» Bajó entonces á la iglesia, y juntamente con su madre se

¹ O domina mea, supplico vobis ut oretis pro me, ut Dominus det mihi gratiam suam serviendi ei. At illa: Vellesne, ait, quod ego orarem pro te? etc. (*Theod.*).

postró á órar delante del altar á poca distancia del sitio donde tambien Isabel estaba postrada y orando. Seguian todos tres en su oracion, cuando al poco rato exclamó el jóven en voz alta: «¡Oh amada señora, cesad en vuestra oracion!» Mas Isabel no hizo caso, y continuó orando con mas fervor que nunca, y Bertoldo volvió á gritar mas récio: «¡Cesad, señora, cesad, no oreis mas; ved que no puedo ya resistir; mi cuerpo está ardiendo!» Así era la verdad; porque todo el cuerpo del jóven se hallaba penetrado de un intensísimo calor, y parecia que de él salia humo como de una hoguera; y como á los gritos acudieran la madre del mancebo y dos doncellas de Isabel, notaron que el jóven tenia los vestidos empapados en abundante sudor, y la piel tan encendida y abrasada que apenas podian acercar á ella la mano ¹. Isabel entre tanto continuaba orando, hasta que el jóven ya desesperado, le dijo: «En nombre de Dios, señora, os pido que ceséis de orar; mirad que me abraso interiormente, y el corazon va á hacérseme pedazos.»

¹ Sudabat et fumabat... Invenerunt eum totum incaluisse, vestesque nimio sudore madidas... Vix calorem manibus poterant tolerare. (*Theod.*).

Entonces suspendió Isabel la oracion, y Bertoldo principió á enfriarse por grados; mas ya no se extinguió en aquel corazon el fuego del amor divino que por efecto de la ardiente caridad de Isabel habia sentido el jóven, quien inmediatamente despues tomó el hábito en un convento de Franciscanos ¹.

Á consecuencia de estos ruidosos ejemplares no pudo Isabel excusarse de encomendar á Dios una multitud de almas enfermas que acudian á ella en busca de remedio para su dolencia; piadosa y humilde acogia todas estas demandas, y á muchos de los que la tomaban por intercesora les sucedió, como á Bertoldo, renunciar al mundo y tomar el hábito en algun monasterio. La dulce y benéfica influencia de la Santa no se encerraba en los límites de esta vida mortal; su eficacia, salvando esta barrera, alcanzaba tambien el alivio de las almas todavía no del todo purificadas de

¹ Todos los autores fijan la fecha de este suceso en el año inmediatamente anterior á la muerte de la Santa. Discite, dice á propósito Teodorico, quo caritatis ardore fervebat, quae calore suo fluxum secularis concupiscentiae siccat, et ad amorem aeternitatis inflammat.

sus culpas. Vió una noche en sueños á su madre Gertrudis, cobardemente asesinada muchos años antes, venir á ella en ademan suplicante, y que le decia: «Hija mia carísima, muy amada de Dios, vengo á pedirte ruegues por mí, pues todavía no he expiado las negligencias de mi vida. Por los dolores que me costó el darte á luz, apiádate de mis actuales tormentos; pide al Señor que quiera abreviarlos, y que se digne mirar no á mis pecados, sino la afrentosa muerte que me dieron, estando yo inocente: tú lo puedes si quieres, pues á sus ojos estás llena de gracia.» Isabel se despertó anegada en lágrimas; y levantándose del lecho, se puso inmediatamente en oracion fervorosa por el descanso eterno del alma de su madre: acostóse de nuevo y se durmió. Su madre volvió á aparecersele, y le dijo estas palabras: «Bendita la hora y el dia en que saliste de mis entrañas! por tus oraciones salgo del purgatorio, y mañana entraré en la gloria eterna. Pero no ceses de orar por aquellos á quienes amas; porque el Señor consolará á cuantos te invoquen en sus trabajos.» Abrió Isabel los ojos preñados de lágrimas de alegría causada por aquella vi-

sion consoladora; y luego, rendida de cansancio, se durmió tan profundamente que no oyó tocar á Maitines en el convento de Franciscanos, á donde solia acudir todos los días á aquella hora, ni se despertó hasta la de Prima. De este pecado de pereza se confesó sin demora, y pidió al director que le impusiera una penitencia ¹.

No menos poderosa y eficaz que para la misericordia, era la voz de Isabel en ocasiones para la justicia del cielo. En una de sus excursiones Isabel, tan justamente apellidada *la nutriz de los pobres* ², se encontró con una mujer que estaba de parto, y la hizo trasladar á su hospital y cuidarla con todo el esmero posible. Quiso además ser madrina de la criatura que nació, y á la cual puso el dulce nombre de Isabel. Por espacio de un mes visitó diariamente á la parida, bendiciéndola y proporcionándole toda clase de socorros, hasta que ya restablecida del todo, dió á la infeliz para el viaje algunos víveres y doce dineros de Co-

¹ Segun algunos autores, esta vision la tuvo Isabel recien muerta su madre, y cuando ella no tenia aun mas que siete años. He adoptado la version mas acreditada.

² *Nutrix pauperum Elisabeth...* (*Theod.*).

lonia, un manto y el calzado mismo que á la sazón traia puesto en sus propios piés; y para abrigar al infante arrancó los forros del manto de una de sus criadas ¹. Empero aquella madre desnaturalizada, en vez de enternecerse con generosidad tan prolongada, únicamente pensó en especular con ella; y habiéndose despedido de noche de la Duquesa, partió muy de mañana con su marido y dejó abandonada la criatura que diera á luz. Al entrar en la iglesia antes de Maitines Isabel, que no apartaba de sus pobres un minuto siquiera el pensamiento, dijo á una de sus criadas: «Todavía me queda en la bolsa un poco de dinero que «ha de venir bien á esa pobre madre y al «niño; anda á llevársele.» A poco volvió la mensajera con la noticia de que la mujer habia marchado sin el hijo: «Pues al «punto trae acá la criatura, dijo la buena «Isabel, á fin de que no quede abandonada.» Sin embargo, aquel corazón tan lleno de piedad no fue sordo á la voz de la

¹ *Calceos quos de sanctis pedibus exiit, et pella, lardum et farinam et duodecim, nummos coloniensem, et puerum manicis, quas de pellicio famulae tolli jusserat, involutum.* (*Ibid.*).—Vid. etiam *Ann. Hainaut.*